

las constituya en «premisas» (afirmativas o negativas) de un razonamiento (*sylogismós*) que concluya o parezca concluir la contradicción de la proposición defendida por el que responde, con lo que éste sale derrotado del debate. Si, por el contrario, este resultado no se alcanza en un lapso de tiempo fijado previamente, la victoria corresponderá al que responde. Éste, por cierto, no tiene por qué limitarse al pasivo papel de asentir o disentir ante las preguntas del otro, sino que puede salir al paso de ellas con *objeciones (enstáseis)* que obliguen al contrincante a reformular la pregunta o sustituirla por otra.

No obstante, el papel activo por antonomasia le toca al que pregunta: a él se le pide el esfuerzo mental más grande, pues ha de concebir en todos sus detalles la estrategia ofensiva con la que acorralar al adversario hasta hacerle abdicar de su tesis. A este último le basta en general con prever, a partir de cada pregunta, las consecuencias que podrían derivarse de su propia respuesta, con el fin de evitar el verse refutado.

¿Cuál es el mecanismo del que se valdrá el que pregunta para construir sus razonamientos? Precisamente aquello que da pie al título de la obra: los *lugares (tópoi)*. ¿Qué significa este término que el propio Aristóteles usa, pero no define en ningún pasaje de ésta ni de sus otras obras? Simplemente, se refiere a una proposición, o mejor, un esquema proposicional —cuyas variables están habitualmente representadas por formas pronominales (*esto, tal, tanto, etc.*)— que permite, rellenándolo con los términos de la proposición debatida, obtener una proposición cuya verdad o falsedad (conocidas en virtud del carácter, respectivamente, afirmativo o negativo del esquema proposicional en que se inserta) implica la verdad o falsedad, también, de la proposición debatida. El uso de la palabra «lugar» tendría aquí la función de señalar el carácter *vacío, esquemático*, de ese

enunciado-matriz. Y ahí precisamente, en ese carácter vacío, radica el aspecto lógico-formal que cobra por primera vez la dialéctica de la mano de Aristóteles.

Porque, si bien es cierto que los razonamientos dialécticos parten de proposiciones simplemente plausibles (*éndoxoi*) y no necesariamente verdaderas (en algún caso, incluso, sólo *aparentemente plausibles*, como ocurre con los razonamientos sofísticos o erísticos), no obstante, en la técnica de la argumentación dialéctica que Aristóteles nos expone, los *lugares* constituyen *verdades formales*, indiscutidas, en la medida en que se identifican con los esquemas proposicionales descritos, instrumentos de verificación o falsación de proposiciones concretas. Y es curioso que su formalidad, siquiera incipiente, no es tanto el fruto de un trabajo orientado conscientemente a obtenerla, como señala acertadamente E. Kapp en su obra sobre los orígenes griegos de la lógica (ver Bibliografía), sino el resultado casi involuntario de la respuesta a una necesidad práctica: la de disponer de una técnica de discusión «productiva», es decir, que con pocos recursos (esquemas generales, en este caso) obtenga abundancia de resultados: la construcción o destrucción de cualquier proposición debatida.

Este origen hace que, como señalan W. y M. Kneale en su historia de la lógica (ver Bibliografía), los *Tópicos* sean mucho más ricos en cuanto al número de esquemas formales y funciones lógicas empleadas que la más madura y conscientemente formalizada silogística de los *Analíticos*. En efecto, mientras esta última se puede reducir a una aplicación de la modernamente llamada *lógica de predicados*, en muchos de los esquemas tópicos aparecen claros elementos de *lógica de clases* y, sobre todo, de *lógica de enunciados*, así como funciones altamente complejas que la logística actual aún no ha analizado satisfactoriamente (y no sólo por su carácter

intensional). La propia estructura de la relación sujeto-predicado aparece aquí complicada por una interpretación polivalente de la cópula que, en lugar de reducirse, como en los *Analíticos*, a la simple indicación de *coincidencia* de sujeto y predicado en un mismo objeto, se distribuye con arreglo al esquema cuatripartito resultante de combinar, respectivamente, la esencialidad o inesencialidad del predicado respecto al sujeto con la coextensividad o no de los mismos, a saber:

- 1) Predicado esencial y coextensivo: *definición* (*hóros, horismós*).
- 2) Predicado inesencial y coextensivo: *propio* (*idion*).
- 3) Predicado esencial y no coextensivo: *género* (*génos*).
- 4) Predicado inesencial y no coextensivo: *accidente* (*symbebēkós*).

Esta cuatripartición es la que motiva la división del tratado con arreglo al índice que señalábamos más arriba, y cuyo orden, por cierto el inverso del que acabamos de exponer, responde a la creciente facilidad para refutar una proposición a medida que se pasa de la predicación accidental a la definitiva, mientras que la facilidad para establecer decrece en el mismo sentido.

He aquí, pues, este «manifiesto» del análisis formal que, casi sin quererlo, nos legara el Estagirita. Texto difícil, fuertemente elíptico, paradigmático de la aridez estilística que caracteriza a su autor; compuesto en, al menos, dos etapas (cuerpo central —libros II-VII— en una primera fase, de investigación y acumulación; introducción —libro I— y conclusión-apéndice —libro VIII y *Refutaciones*— en una segunda fase, de recapitulación y reflexión), y plagado, como todo el *Corpus*, de interpolaciones. Obra, con todo, que merece sobradamente,

como reza su última frase (*Refut. 34, 184 b, 3-8*), que el elogio por la novedad e importancia de los hallazgos compense la posible crítica por los defectos.